

UN LIBRO QUE NO AYUDA A TRIUNFAR

HAY lemas que no sólo son perfectamente falsos, sino que incluso inducen a errores muy peligrosos a los desdichados que les prestan oídos. Caso notorio es ese de «Un libro ayuda a triunfar», que tan graves estragos debe haber causado entre los analfabetos y demás teledivinos, haciéndoles concebir quién sabe qué absurdas ilusiones sobre los poderes vigorizantes de la letra impresa. Quiero salir aquí al paso de semejante infundio, para bien de ese analfabetismo de cuya inevitable decadencia ya habló con acierto don José Bergamín. Analfabetos que me leáis, todavía estáis a tiempo: los libros no ayudan a triunfar, sino que son el virus mismo de la derrota, impotencia impresa, decepción coagulada. ¡Triunfar! Sí, sí... Cada libro es la recensión de un fracaso, escrito por un fracasado con el insidioso propósito de hacer cundir el fracaso por doquiera. Las librerías son templos a la ruina, las bibliotecas palacios del descabro. Mirad a vuestro alrededor: ningún invicto lee. Los invictos compran libros pero sin hojas, de esos que son cajas de puros disimuladas y sus librerías son siempre disfraces de pasadizos secretos o decoraciones suntuarias. A veces dejan un libro de verdad abandonado al desgaire en una consola, uno de esos libros como «Oh, Jerusalén», «Chacal» o los del Palomino ese, abierto siempre por la página 32, como hacía un personaje de «Almas muertas»; cuando alguien entra, aluden al monstruo de papel con un gesto displicente: «Sí, me he comprado el libro ese que anuncian, pero no tengo tiempo de leerlo». ¡Como debe ser! ¡Qué pensarían el cliente o el socio si supiesen que una persona reputada como próspera y establecida tiene tiempo para leer! No hay cuadro más dramático que el de alguien corrompido por los libros: los primeros síntomas, aún benévolos, son cierto nerviosismo al pasar frente a los escaparates de las librerías, avidez excesiva al hojear el periódico y manía de leerse los prospectos de las medicinas y los programas de los teatros; luego llegan las citas convulsivas sin venir a cuento, las carcajadas satánicas al escuchar lugares comunes y el proyecto insensato pero firme de leerse la «Encyclopaedia Britannica» enterita, sin molestarse siquiera en aprender inglés. Hay quien ha llegado a inyectarse el «Quijote» en vena.

Pero quizá, pese a lo dicho, haya quien no tenga suficiente fuerza de voluntad y criterio propio para alejarse de los peligrosos volúmenes empozoñados. A éstos recomiendo un libro singular, que puede servir como vacuna contra infecciones más graves: se trata de los «Hechos y dichos del doctor Faustroll», de un tal Alfred Jarry, editado por la edit. Mandrágora, de Barcelona. Ni el más optimista teledivino se atreverá a sostener que este libro ayuda a triunfar. Se trata de un jocosos cataclismo que narra la vida y virtudes del fundador de la 'patafísica (con apóstrofo previo, please), ciencia de las soluciones imaginarias, que concierta simbólicamente a los lineamientos las propiedades de los objetos descritos por su virtualidad. Nada más ni nada menos, lo que no es poco. Todo el irremediable desastre de la escritura se da cita en este intratable tratado. La ciencia sólidamente derruida en él ha ocupado a los espíritus inacabablemente vacantes de diversos fracasados: Julien Torma, Boris Vian, Raimond Queneau, I. L. Sandomir han sido 'patafísicos y, quién sabe, quizá consientan en serlo todavía. Descabro por derrota, más le vale al impenitente vicioso asestar este libro que otro útil o serio. Así, al menos, sólo podrá culparse a sí mismo de su caída y no perderá además el respeto a la televisión, lo cual reduplicaría si cabe la desgracia. ¡Ah! El libro tiene una portada muy bonita de la señora —o señorita— Eugenia Vidal y está bastante mal traducido por el señor Víctor Compta. Aunque eso da igual, porque el libro es en todo caso intraducible. **SAVATER**

